

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

La enfermedad reinante



—Aquí tiene vucencia los calzones
para darse el paseo en bicicleta.
—Anda, tráeme en seguida la chaqueta,
la gorra y la camisa de cordones.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Nocturno, por Eduardo de Palacio.—El beso, por Emilio Sánchez Pastor.—Gran piano de cola, por Juan Pérez Zúñiga.—Los segadores, por Juan Pérez de Leyva.—Navegación aérea, por Fiacro Yrázoz.—A chorros, por Sinesio Delgado.—Menudencias, por Federico Canalejas.—Cuento sueroterápico, por Santiago Iglesias.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La enfermedad reinante.—El beso (cuatro viñetas).—Las veladas artísticas (seis viñetas), por Cilla.—Federico Chueca, dos fotografías directas.

DE TODO UN POCO.

Barcelona es, sin duda alguna, la ciudad de las iniciativas y del progreso bienhechor.

Allí se celebran exposiciones, se publican libros y periódicos ilustrados de gran importancia, se construyen hoteles suntuosos en cuarenta días y se sostienen durante todo el año *cafés-conciertos* donde lucen sus formas muchas señoritas francesas que cantan, bailan, suspiran y se enamoran de los parroquianos con pasmosa facilidad.

Ahora se dice que hay el proyecto de abrir en aquella bellísima capital una exposición de niños, á fin de establecer premios para los más gordos, los más bonitos y los más aseados.

Con lo cual habremos conseguido, por lo menos, que algunas mamás laven á sus cachorros.

Bueno fuera que aquí se celebrase también una exposición-cita de vez en cuando, porque hay niños que andan por el mundo con la cara sucia, y más que niños parecen arenques ahumados.

—Aquí tiene usted á mi chico—suele decir alguna madre cariñosa, mostrándonos á su retoño.

—Es muy simpático, pero ¿por qué le pone usted esa funda?

—No es funda; es el color natural del rostro.

—¿Ha nacido así?

—Antes era más blanco, pero se ha ido ennegreciendo poco á poco con el uso, porque no se deja lavar.

Para algunas madres tiernas de corazón el agua es el enemigo natural de las criaturas; si el niño quiere dejarse lavar buenamente, se lava, y si no, se le deja; de modo que hay niños color de café con leche y niños grises y niños jaspeados, como el jabón de Mora.

—Ven acá monín, que te voy á dar un beso—dice uno con la mejor intención.

—¡Ay! No le bese usted—replica el papá.

—¿Por qué?

—Porque está húmedo.

—¿Húmedo?

—Sí, señor; tiene la costumbre de meter la carita en un barril de aceitunas que nos han regalado.

Si aquí hubiese exposición, casi todas las mujeres aspirarían al premio de belleza para sus hijos, porque ¿qué madre reconoce los defectos físicos de sus pequeñuelos?

Más de una vez hemos tropezado en el mundo con chicos de esos que tienen cara de besugo.

—¿Quién te quiere á ti, lucero de la mañana, cara de ángel?—hemos oído decir á la mamá.—¡Ay, qué monísimo eres!

—¿Por qué no le manda usted á la exposición de Barcelona?—le preguntamos.

—Porque no tengo posibles, que lo demás... Mire usted qué carnes tiene esta criatura: parece un rollo de manteca. ¡Ay, qué hijo tengo más hermoso! ¡Y si viera usted qué talento el suyo!... Anda, ciéln, llámale «borracho» á este caballero.

El niño abre la boca hasta tropezar con las orejas y lanza tres ó cuatro graznidos que la mamá nos traduce al castellano; y es tal el júbilo de aquella señora, que no se puede contener y besa al chico en todas partes, llamándole «Castelar» y «rey de las Españas» y «estrella del Oriente» y «Becerro de Bengoa».

Para comprender hasta dónde conduce el optimismo materno, basta examinar los escaparates de Napoleón el fotógrafo,

donde hay niños en carne viva que se asemejan á los conejos de monte, recién desollados, y niños metidos en conchas que parece que están en adobo y que hacen exclamar á algún espectador sencillo:

—Dios me perdone, pero si yo tuviese un hijo así, lo *desprohijaba*.

—Pues mire usted suele replicar alguna señora del público,—lo que más le afea es la nariz, que la tiene un poco baja, pero las carnes son muy lustrosas y muy limpias.

¡Si la mamá oyese la opinión de aquellos infames, que ponen peros á su chiquitín! ¡Ella, que ha retratado al niño para que le conozca la familia ausente y admire sus perfecciones! ¡Ella, que de buena gana lo llevaría á Barcelona en la seguridad de traerse el primer premio!...

El proyecto de una exposición infantil en la capital de Cataluña ha excitado el orgullo de ciertas madres entusiastas, y alguna ha escrito al alcalde de aquella ciudad en los siguientes términos:

«Dígame usted si puede concurrir al certamen un niño que tengo, de nueve años, llamado Camilo, con siete arrobas de peso, rubio, chato, con sortijillas naturales en la frente y unos ojos rasgados que llaman la atención. Conoce todas las letras de la cartilla y canta el paso doble de *El tambor de granaderos*. También imita á varios animales.

Si sirve, ruego á usted que tenga la bondad de avisármelo, ara asearle y remitirlo en el tren.

Debo advertir á usted que ahora tiene un grano; pero de aquí á que se abra la exposición suponemos que se resolverá por sí solo.

Queda de usted, etc...»

Sí; que se celebren exposiciones de niños, á ver si mejoramos la raza y logramos que la generación futura de escritores públicos no cuente en su seno con rostros semejantes al que posee el autor de esta *infelice* y desaliñada crónica.

Luis Taboada.

Nocturno.

Tengo una vecina tan re... jardinera que me tiene loco con la regadera. Veintidós macetas, cinco ó seis cajones con diversas plantas tiene en los balcones. Una vez las riega, otra vez las poda, porque á sus macetas se consagra toda. Pero lo molesto de su ocupación es que riega al verbo desde su balcón.

Como que en el tiempo del pesado estío pasa uno las noches casi en un jipío y, en calzones blancos y una camiseta, á tomar el fresco donde más le peta uno se acomoda con tranquilidad, siempre está aguardando una atrocidad; porque mi vecina, con resolución, riega al inocente desde su balcón.

Acostarme en seco es una fortuna: ya riega á las doce, ya riega á la una, ya riega á la otra. Eso es una fiera. ¡Digo! ¡Y el volumen de la regadera! Es como una cuba del ayuntamiento. Y la muy... vecina, en cuanto me siento, ya está goteando desde su balcón, porque riega al verbo sin contemplación.

Yo estoy ya cansado de los chaparrones y le digo:—Niña, no tengo razones, pero, francamente, yo ya desconfío de si soy secano ó de regadío; va usted á ser causa de una broma fea: un día la riego en cuanto la vea; tengo regadera, muy mala intención, ya estoy muy cargado, pero de razón.

Eduardo de Palacio.



El beso.

Tuvo Elisa una madre que profesaba la saludable máxima de que las jóvenes deben divertirse, porque luego hay tiempo para sufrir en la vida, y claro está, Elisa se había divertido demasiado. Tan o, que el día antes de casarse con Pepe Castro tuvo que confesar que en un baile de la Alhambra había recibido un beso de un hombre casado, del calaverón Estrada, compañero de oficina del propio Castro. Elisa no hubiera ido al altar sin esta confesión, que hizo derramando un mar de lágrimas y para descargo de su conciencia. El futuro marido pidió minuciosas explicaciones, y resultó que aquello tenía menos importancia de lo que parecía. Elisa iba al baile con unas amigas de dudosa conducta, como era natural; Estrada era uno de esos graciosos á quienes por su sombra, como entre ciertas gentes se dice, les es lícito todo.

Al terminar un vals, acompañó á Elisa hasta el tocador de señoras, llevándola del brazo. Ella, para no tropezar con el pabellón que formaba el portier, inclinó tanto la cabeza á un lado, que casi tocó la cara de Estrada y éste le plantó un beso en la frente. Elisa se enfadó, sus amigas rieron la gracia, Estrada prorrumpió en estrepitosas carcajadas al ver el enfado de Elisa y ella misma acabó por creer ante tan general hilaridad que aquello era la cosa más chistosa y más inocente de la tierra.

Castro oyó todo esto con vivo interés, y aunque el hecho le molestaba, procuró convencer á su futura de que ya no merecía aquellas lágrimas, y que no había más remedio que olvidarlo.

Cuando, pasados los primeros días de la luna de miel, Castro reanudó su vida normal, volvió á la oficina y se encontró frente á frente con Estrada, empezaron sus torturas, unas torturas con que no había soñado cuando su mujer le hizo la difícil confesión y él se apresuró á absolverla.

¿Se acordaría Estrada? Aunque él no había visto á Elisa más que aquella noche, eso no se olvida fácilmente, y además, la sonrisita perpetua de aquel criminal parecía indicar á Castro

á cada momento que no sólo tenía el hecho en la memoria, sino que se complacía en haberlo efectuado y aun estaba dispuesto á repetirlo en la primera ocasión que se presentase.

Todas las tardes, cuando Castro volvía de la oficina, Elisa clavaba sus ojos en la frente de su esposo para leer los sufrimientos que habría experimentado en las cuatro horas que había permanecido delante de Estrada, y al ver el fruncido ceño y la triste mirada con que solía presentarse, una mar de lágrimas nublaba la serenidad de sus pupilas y el corazón aceleraba sus latidos.

Elisa se hacía repetir las frases más insignificantes que Estrada dirigía á Castro durante el día, quería que le detallasen el gesto y el tono con que las pronunciaba, y estas conferencias diarias acababan siempre con la deducción casi matemática de que Estrada se acordaba del suceso, y que sabía perfectamente que la mujer de Castro era la que recibió el beso en aquella maldita noche.

Una tarde entró Castro en su casa con el rostro lleno de júbilo y abrazó á Elisa con la mayor ternura.

—No se acuerda—exclamó Elisa, participando de la alegría de su esposo.

—No lo sé—respondió Castro,—pero nada nos importa; el tormento acaba, aunque la herida nos moleste siempre. Estrada se va á Filipinas.

—¡A Filipinas! Eso creo que está muy lejos.

—Lejísimos: casi todo el que va allá se muere ó vuelve chiflado.

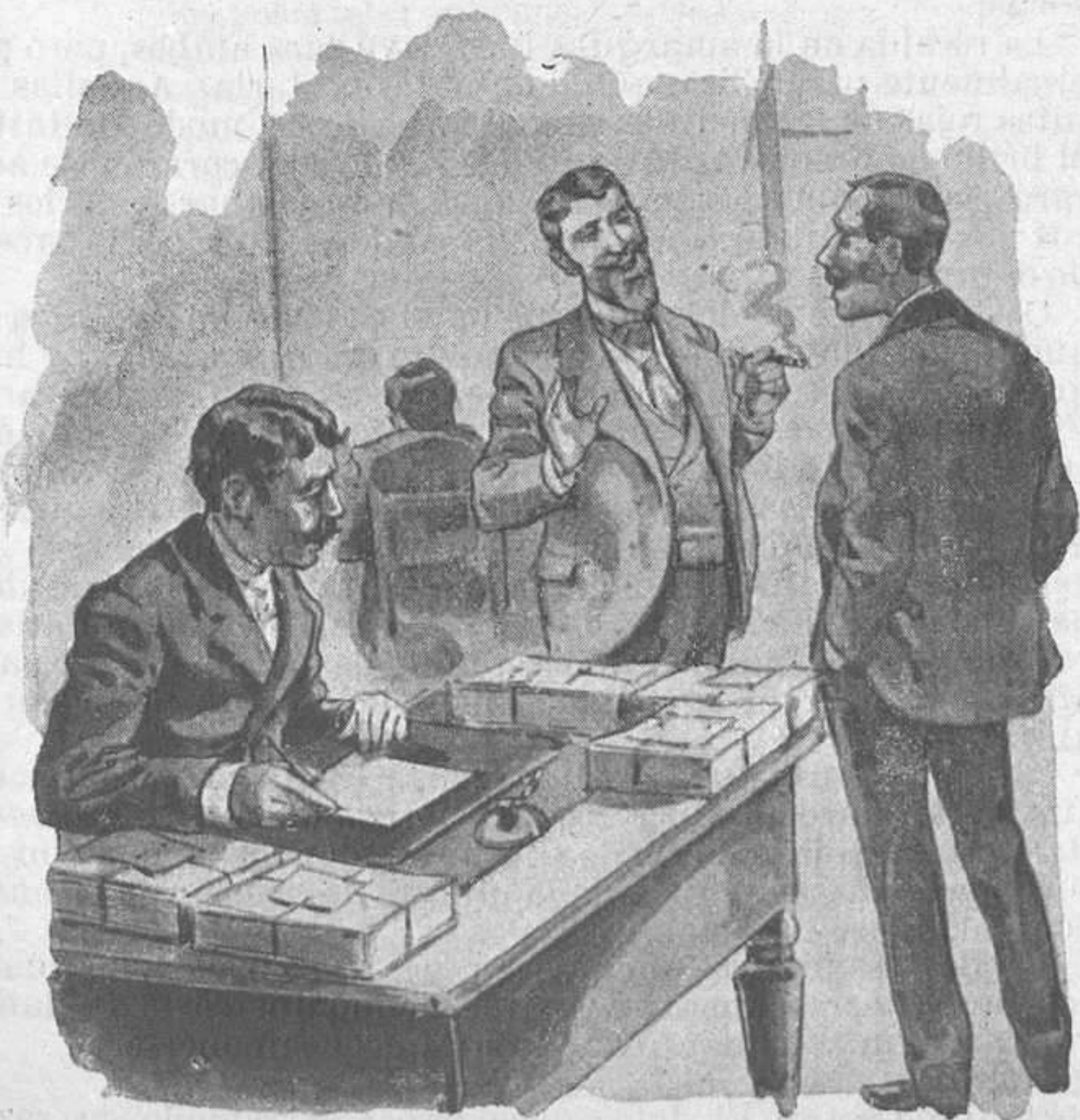
Aqué fué el primer día de franca felicidad que hubo en el hogar de Elisa.—Iré á despedirle al tren—decía Castro.—Quiero verle marchar, para respirar libremente.

A la semana siguiente Estrada salió para su destino, y sus compañeros de negociado acudieron á la estación del ferrocarril para darle el último abrazo. Allí estaba Castro, alegre y decidido como nunca se le había visto, y contando como siglos los minutos que faltaban para que Estrada desapareciese de Madrid.

Elisa le esperaba aquella tarde con ansiedad impaciente; un año hacía que se había casado, y hasta aquel día no debía empezar á lucir el cielo puro y sin mancha que simboliza la felicidad en el hogar del matrimonio.

Cuando Castro regresó y Elisa se apresuraba á tenderle los brazos, para borrar definitivamente el triste recuerdo que amargaba su vida, retrocedió asustada... Su esposo venía de la estación pálido, agitado y más sombrío que nunca.

—¿Te ha dicho algo al marchar?—exclamó Elisa.



—No, ni una palabra; es más triste lo que nos sucede—contestó Castro, y en seguida, con exaltación creciente, refirió que al volver de la estación le había acompañado al jefe hasta la puerta de su casa y, naturalmente, la conversación había versado sobre la marcha de Estrada, de quien hacía grandes elogios como hombre divertido y utilísimo para toda clase de correrías alegres.

El jefe y Estrada habían vivido juntos en una casa de huéspedes, y muchas noches le había acompañado en busca de aventuras por los cafés y bailes de último orden.

—Sobre todo en los bailes había que verle—decía el jefe del negociado con sonrisa picaresca;—yo, que conozco al dedillo todas sus hazañas, podría escribir su historia.

¿Por qué le contaba esto á Castro? El cielo del hogar, tan brevemente despejado, se fué nublando conforme iba el esposo refiriendo las palabras de aquel buen señor, y cuando el relato acabó, el azul puro había desaparecido y otra vez estaba negro, muy negro, y amenazando la lluvia de lágrimas que desde su matrimonio caía sobre la dicha de Elisa.

Otra vez volvieron las tardes tristes, otra vez las angustias diarias, otra vez el triste anhelo con que Elisa esperaba el regreso de su esposo para adivinar en su rostro las impresiones que había recibido en la oficina, y otra vez para Castro la situación violenta creada por la necesidad de estar la mayor parte del día frente á un testigo de la más grande de sus desventuras. Y la situación había empeorado mucho. Mientras se trató de Estrada, que al fin no era más que un compañero, Castro hallaba medio de excusar sus miradas y de evitar su conversación; pero con el jefe esto era imposible, porque los asuntos del despacho le obligaban á sostener frecuentes diálogos con él, y en las más inocentes palabras veía Castro alusiones ofensivas y expresiones de doble sentido, á las cuales tenía muchas veces intención de contestar con una grosería gorda, echando á rodar su porvenir y su destino.

Tanta preocupación y tanta lágrima iban minando la débil naturaleza de Elisa; el sonrosado de las mejillas empezó á convertirse en palidez mate; sus ojos brillaban más cada día, pero con un brillo enfermizo, y su corazón aceleraba poco á poco sus latidos. Era muy raro el día que no había un recrudecimiento en su constante dolor. A lo mejor salían á paseo y se encontraban á la señora del jefe, que los saludaba con amabilidad, y apenas se habían alejado de ella cuando, movidos de igual impulso, exclamaban: —Esta lo sabe también;—y Elisa perdía por algunos instantes su constante palidez: dos chapitas rojas se señalaban en sus mejillas y los ojos volvían á derramar lágrimas, con las que parecía ir aumentando el brillo cada vez más siniestro de sus ojos.

Por fin, aquel heredero del secreto de Estrada desahogó el mundo. La muerte del jefe del negociado fué muy sentida por todos los empleados, por todos menos por uno, que, contra su voluntad, experimentaba una secreta complacencia en la desaparición de aquel testigo de la causa de sus desdichas conyugales. Otra vez la esperanza de una tranquilidad completa renació en el corazón de Elisa, y otra vez se desarrugó el ceño sombrío de Castro; no era posible que la alegría volviera de repente, porque la borrasca había dejado huellas indelebiles en las almas de los esposos; pero había calma, y eso era mucho después de las pasadas é inacabables angustias.



Y las huellas en Elisa eran tan profundas, que no pudo seguir criando al hermoso niño con que Dios había favorecido su unión, y fué preciso buscar un ama. Era ésta una gallegota

franca, de grandes mofletes y dispuesta á soltar la carcajada por cualquier cosa, condición de carácter que sentaba muy bien en una casa donde por espacio de dos años había reinado la tristeza.

Una noche que Castro pasaba la vista por *La Correspondencia*, leyó con sorpresa esta noticia:

«Se encuentra gravemente enfermo, en Manila, D. Ricardo Estrada, empleado de la dirección de administración del archipiélago filipino.»

En el acto llamó á Elisa y repitió en alta voz y pronunciando muy claro la triste nueva. El ama, que escuchaba atentamente, no les dió tiempo para comentario de ninguna clase, porque, apenas oyó el nombre, prorrumpió en una de sus estrepitosas carcajadas:

—¿De qué se rie usted?—exclamó Castro, indignado.

La pobre mujer, creyendo que había ofendido con su risa á algún amigo íntimo de la casa, se creyó en el deber de dar una porción de explicaciones.

Se había reído porque durante muchos años había estado de cocinera en casa del jefe de negociado de Castro. Allí iba el se-



ñorito Estrada todas las noches, y como era tan gracioso, se morían todos de risa en la casa oyéndole contar sus aventuras amorosas, y muy principalmente las que le habían ocurrido en los bailes.

Este fué el último golpe para Elisa: el ama lo debía saber también, sus carcajadas frecuentes delante de ellos no tenían otro motivo; interrogarla era peor; echarla era darle motivo para que supusiera la causa y la contase á más gente aunque, por lo visto, lo sabía casi todo el mundo. Ya no importaba que Estrada se muriese ó no. ¡Se lo había contado á tantas personas!

La recaída en la amargura fué grave para ambos, pero principalmente para Elisa, que no pudo soportarla. Aquellas chapitas rojas de las mejillas se marcaron de un modo definitivo, el brillo de los ojos aumentó y los latidos del corazón se aceleraron tanto, que el órgano se cansó de funcionar, y á los pocos meses expiraba Elisa, murmurando:—¡Lo sabe, lo sabe todo el mundo!

Castro, ciego de dolor, no vió en el cadáver de su esposa más que la víctima de un crimen; aquello era un asesinato y había que matar al asesino, aunque fuera necesario ir á buscarle á Filipinas. Bajo esta impresión cogió la pluma y escribió á Estrada una carta feroz, por si aún vivía, en la que le refería la confesión de Elisa antes de casarse, sus horribles torturas, y, por último, su muerte, ocasionada nada más que por la desvergüenza con que había contado á tanta gente lo que debía haber llamado siempre, ya que había cometido la infamia de realizarlo. La carta terminaba retándole á muerte, en la Península ó en Filipinas, donde más fácilmente pudieran reunirse.

Castro, después que remitió la carta certificada, sólo sentía que llegara tarde, á juzgar por la noticia de *La Correspondencia*; pero en el ministerio de Ultramar, donde acudía con frecuencia, no había noticia de la muerte de ningún funcionario que se llamase Estrada.

Por fin, después de muchas semanas de impaciencia, que envejecieron terriblemente á Castro, recibió una carta de Manila, que leyó con la avidez que el lector puede suponerse.

Era muy corta, y decía así:

«Amigo Castro: El dolor debe haber extraviado su razón. La primera noticia de que he besado á su esposa la he recibido

por usted. Será verdad, porque en el sitio que usted cita, el vino inspiraba mis actos casi siempre.

No habiéndome yo acordado jamás, claro está que á nadie lo he contado, y de esas amarguras que usted relata y que han ocasionado una desgracia yo no tengo, por lo tanto, la culpa.

A su esposa la ha matado su conciencia. Crea usted que es una enfermedad que mata y que yo siento sus estragos por los hechos de que me acuerdo, á los que desde hoy tendré que juntar el que su carta me añade y que yo desconocía.—*Estrada.*»

Castro guardó esta carta siempre en su cartera, y de cuando en cuando la leía á solas en voz alta, poniéndole por único comentario esta frase, siempre entrecortada por los sollozos:

—Sí, sí, nadie sabía nada... pero la conciencia...

Emilio Sánchez Pastor.

GRAN PIANO DE COLA

Tienen las chicas de don Juan Sarmiento un gran piano de cola. ¡Qué instrumento! Inspira compasión al par que risa.

Es de autor ignorado

y lo tratan sin pizca de cuidado

tanto Enriqueta como Bruna y Luisa.

Al poco tiempo de tenerlo en casa

sin tapa y sin atril dejóle Blasa,

pues á mano no halló más maderaje

para encender la lumbre. ¡Qué salvaje!

Cuando le hacen sonar, bien se conoce

que en lo tocante á teclas ha quedado

también descabalado.

Sólo blancas le faltan diez ó doce.

Pero en cambio, según afirma Bruna,

de las negras no tiene ya ninguna.

Tuvo en sus buenos tiempos dos pedales,

hasta que un tal Marcelo Algarabía

(concertista de pies descomunales)

lo dejó sin pedales cierto día.

¡Qué fuerza no tendría el tal Marcelo

que incrustó los pedales en el suelo!

Con roturas pequeñas

conserva una docena de macillos;

pero en cambio le faltan los tornillos,

lo mismo que á sus dueñas.

Y gracias á las cuñas

se sostienen del mueble las tres patas,

donde suelen los gatos y las gatas

afilarse las uñas.

Por tocarle con poco miramiento,

casi todas las cuerdas han saltado,

y á causa del enredo que han armado

dentro del instrumento

(no pienses que estos datos son patrañas),

cuando suena parece

que ha estallado un motín en sus entrañas.

Y está desencolado el maldecido

ó por, mejor decir, perdió la cola;

es más inofensiva una consola,

porque al cabo y al fin no mete ruido.

En resumen, si al piano este verano

no le echa medias suelas un preñero,

no podrá saber ya ningún cristiano

si es piano, bicicleta ó fregadero.

Quien le quiera tocar se esfuerza en vano.

¡Y aun sostienen las pobres infelices

que Enriqueta hace arpeggios en el piano!

¡Como no se los haga en las narices!...

Juan Pérez Zúñiga.

Los segadores

(ANTE EL HERMOSO CUADRO DE BILBAO)

Ni una brisa templada los oreja

meciendo leve la reseca espiga.

Del sol, que despiadado los castiga,

el resplandor sobre la mies marea.

Abrasador ambiente los caldea

y sus miembros enerva la fatiga;

pero á luchar el hambre los obliga

y resisten la bárbara pelea.

¡Y aún recuerdan los tristes segadores,

ya la grata quietud de sus hogares,

ya la alegre ilusión de sus amores,

y burlan del trabajo los pesares

entonando entre quejas y dolores

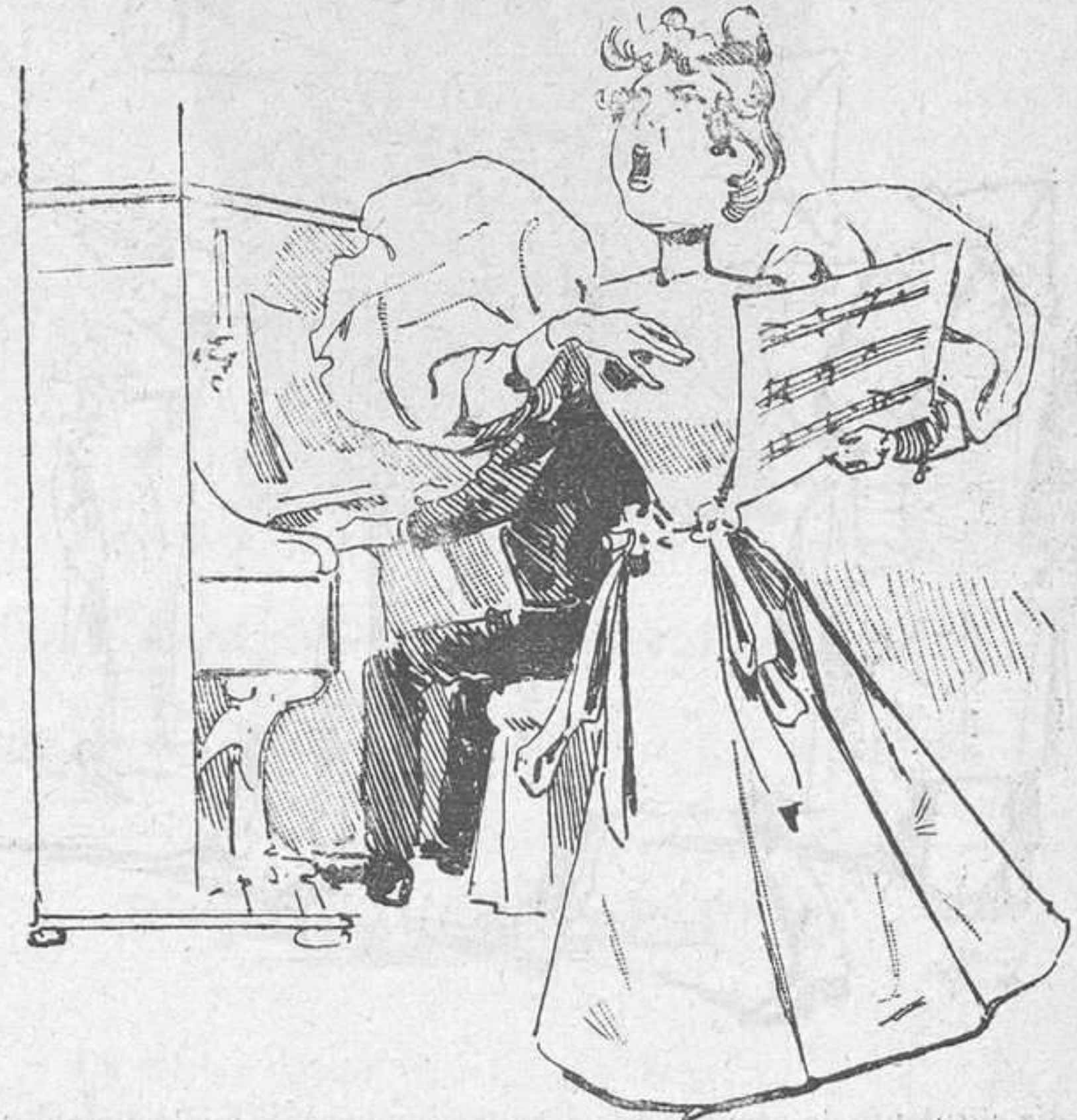
dulces y melancólicos cantares!

Juan Pérez de Leyva.

LAS VELADAS ARTÍSTICAS



Pues... aparece primeramente un caballero que rasca en el violín lo que le da la gana, entre los aplausos y bravos de la concurrencia, que en su vida las ha visto más gordas.



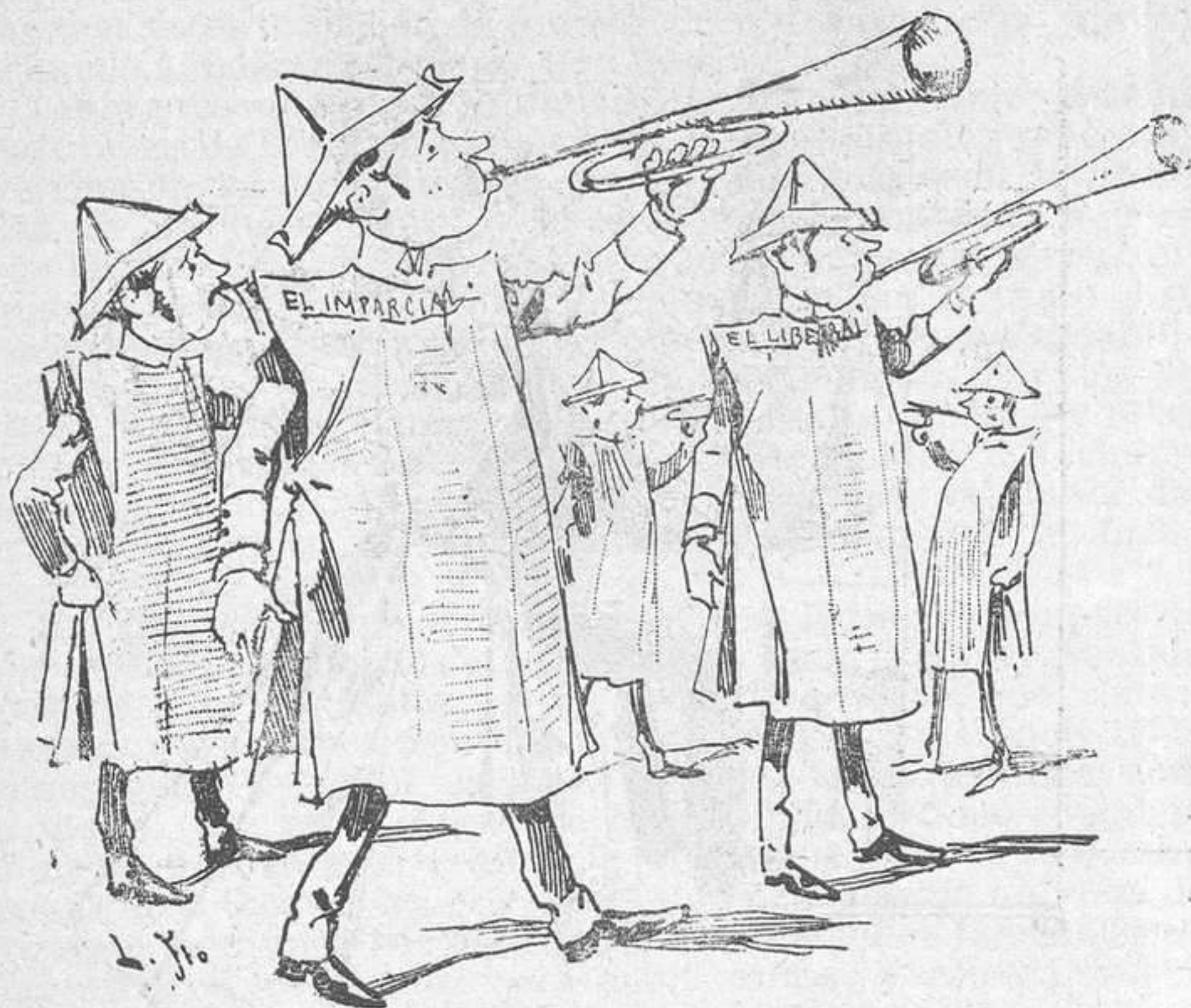
Luego sale una señorita, primer premio del Conservatorio como es de suponer, y se desata en chillidos para que se le caiga la baba á su madre, que está en primera fila.



Inmediatamente se presenta un poeta, de los que sólo funcionan en semejantes casos, y lee una oda alusiva á la fiesta, diciendo que aunque el pecho le taladren, aquello que se está celebrando le despierta el alma adormida.



Y para postre, hace bonitos, variados y sabidos juegos de manos un sujeto de buena familia que tiene esa única habilidad, y Dios se la conserve.



Al día siguiente, la prensa sería echa las campanas á vuelo diciendo que la velada ha sido una maravilla, que los que en ella tomaron parte son genios, que el auditorio estaba compuesto de la flor y nata de la política, de las artes, de la alta banca, de la administración, etc., etc.



Y los infelices provincianos se relamen de gusto al leer aquello, sin sospechar que veladas por el estilo tienen ellos cada lunes y cada martes en sus casinos correspondientes.

Navegación aérea.

¡Dichosa navegación!
¡Eso ya es una manía!
Como que no pasa un día
siquiera, por excepción,
sin que algún loco de atar
ó algún sabio archieminente
nos explique y nos presente
su sistema de *volar*.

Un día, es un aparato
que tiene forma de un *puro*,
donde, el que entra, de seguro
que se muere abintestado.

Otro día, hay que aplaudir
un aparato mejor,
pues en éste no hay temor...
porque no llega á subir,
y otro día, es un maniaco
que hace que su nombre suene,
porque ha inventado el que tiene
la forma de un pajarraco.

¡Este sí que es muy bonito!
Es, visto así de repente,
un pájaro enteramente
con su cola y su piquito.

Entra en él el navegante,
tras un esfuerzo ligero,
por un pequeño agujero
que hay... opuesto al de delante,
y merced al mecanismo
combinado en forma de alas,
cruza las *etéreas salas*...

¡si no se rompe el bautismo!
Y ahora voy á preguntar:
— ¿A qué cansarse, señores,
por inventar los mejores
sistemas para *volar*,
ni á qué tanta discusión
en científicos terrenos...

si hoy, el que más y el que menos,
volamos por precisión?

Si hay quien se atreva á dudar
de esta verdad como un templo,
con alguno que otro ejemplo
se lo voy á demostrar.

Se estrena una zarzuelita;
el público se impacienta
y se inicia una tormenta
de esas que acaban en *grita*;
pues bien, el autor, temblando,
en cuanto empieza el estruendo,
huye... no digo corriendo,
mucho más... ¡huye *volando*!

Va por la calle cualquiera
estando á fines de mes,
y en esto, ¡zas! un *inglés*
cuando menos se lo espera.

¿Piensa usted en su buen deseo
que huyendo del acreedor
ése corre? ¡No, señor!
¡Ese *vuela*, ya la creo!

Va usted á un garito obscuro
cuando están echando el *gallo*,
y sale un tres y un caballo
y apunta usted al tres un *duro*;
pues antes de haber notado
la *pinta* de la figura,
va usted á ver su postura
y no la encuentra. ¡Ha volado!

¿Qué demuestran estos datos?
¡Que la ciencia se desvela...
mientras que aquí todo *vuela*
sin que inventen aparatos!

Fuero Tráizoz.

Á CHORROS

Bajo un sol de mediodía
que achicharra, funde y tuesta,
los morrales á la espalda,
las hoces en bandolera,
van siguiendo el polvoriento
camino de Canillejas
cuadrillas de segadores
que habrán de regar la tierra
con su sudor, obedientes
á la maldición eterna
que da pan al que trabaja
y gallinas al que huelga.
En procesión incesante
los grupos pasan, se alejan
y en las colinas peladas
se pierden en manchas negras.
Vienen del Norte, bajando
de las empinadas sierras
con sus sombreros de paja
y sus zuecos de madera,
y así cruzan por la corte
sirviendo de escarnio y befa,
silenciosos, tristes, lacios,
con sus guñapos acuestas.
De pronto invade el camino
la multitud vocinglera
que va acudiendo á la Plaza
en oleadas inmensas.
Fustas, pitos, cascabeles
restallan, silban y suenan;
los caballos se desbocan,
los carruajes se atropellan

y avanza la muchedumbre
de loco entusiasmo ebria,
con el ansia de los goces
que brinda una tarde espléndida.
Entre aquel torrente humano
perdida, confusa, envuelta
la cuadrilla, avanza siempre
desmenuzada y deshecha;
pero ya sus puntos tristes
al conjunto alegre mezcla
aumentando el contingente
de devotos de la gresca.
Luego, cuando el sol se oculta,
la multitud se dispersa
entre el incesante estrépito
de trallas, pitos y ruedas...
Y poco á poco, allá lejos,
por plazas y callejuelas
se va extinguendo en rumores
el estruendo de la fiesta.
La ancha avenida del circo
triste y solitaria queda,
y sólo como fantasmas
que surgen de las tinieblas
van siguiendo el polvoriento
camino de Canillejas,
los morrales á la espalda,
las hoces en bandolera,
los infelices obreros
que van á regar la tierra
con el sudor de sus frentes
marcadas por la miseria...

Sinesio Delgado.

Menudencias.

Tal se pone la cosa,
que ha de llegar un día en que se vea
decir á una mujer que es virtuosa,
cuando quiera decírsela que es fea.

Federico Chueca.



Al banquete para celebrar el éxito de un compañero.



A la plaza, para ver arrancarse al Bombita.

(De fotografías del propio cosechero.)

He de buscarme una novia
que sea corta de vista,
á ver si de esa manera
para mirarme se arrima.

Cuando soltera, Andrea,
me parecía una mujer muy fea;
hoy la veo casada, y me enamora.
¡Y su pobre marido tal vez crea
que no hay á quien le guste su señora!

Que eres *escultural* se me asegura,
¡y yo no veo en ti más que *pintura*!

Dicen que eres muy graciosa,
y es horrorosa tu cara;
¡pero todo el mundo sabe
dónde tienes tú la gracia!

Un hombre enamorado y sin dinero
es un farol sin bomba ni mechero.

Tus versos leí, y opino,
como Mariano de Cavia,
que hay muchas odas que son
odas con hache aspirada.

Comprendo tu tristeza:
te casan con un viejo, que es lo mismo
que querer que arda un mixto sin cabeza.

Federico Canalejas.



CUENTO SUEROTERÁPICO

Un célebre doctor, de estos que ahora
se dejan arrastrar por la corriente
viendo en todo microbios y toxinas,
y encuentran como cosa indiferente,
con la jeringa de Pravaz armados,
jeringar á la gente
con caldos de microbios cultivados,
y á punto tal su atrevimiento llega
que, perturbando el organismo humano,
le inyectan los microbios á montones
como el que mete el gato en la bodega
para que allí persiga á los ratones;
pues, como iba diciendo,
este sabio doctor, MISTER CAMAMA,
que según yo comprendo
puede que sea inglés, si así se llama,
siguiendo las modernas teorías
que *aún* no ha sancionado la experiencia,
pero que son la luz en nuestros días,
á un sujeto que estaba amenazado
de la horrible y mortal tuberculosis
que mata al pobre como mata al rico,
queriéndole salvar de esta dolencia
le inyectó sin reparo varias dosis
de suero de la sangre de un borrico;
porque está demostrado claramente
que el burro es refractario
al microbio que mata tanta gente,
y por eso en los caldos de cultivo
el suero de borrico es necesario.

Yo no sé si el paciente quedó inmune,
ni si este proceder se justifica,
mas se alteró su sangre de tal modo,

en virtud del fermento borriqueño,
que en viendo aquel sujeto una borrica,
como el instinto asnal se despertaba,
igual que un garañón alpujarreño,
sin poder contenerse, rebuznaba.

.....
Esto parece un cuento sin malicia,
yo como tal le doy; mas por si acaso
hay algo de verdad en lo que dice,
al ver que algunos célebres doctores
que no escarmientan con ningún fracaso,
y aunque hay que lamentar varios errores,
abusan de los caldos y los sueros,
me permito decir á estos señores:
«Un poco de prudencia, caballeros.»

Santrago Iglesias.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Orbaneja.—Tiene algunos defectos de factura, como dicen los revisteros del ramo.

Cualquiera.—La carta es, efectivamente, demasiado particular, y el cuento un tanto atrevidillo.

Sr. D. F. A. de C.—Faltos de novedad ambos asuntos.

Doctor Congrioni.—Eso es más inocente de lo que exigen estos pícaros tiempos.

El hombre de la montaña.—¡Rediez! ¡Qué atrevimiento tan grande!

Sr. D. A. D.—El romance es pedestre en la forma y tiene pocos lances el asunto.

Yarre... clavele.—¿Es de usted de veras el epigramita? Porque parece clásico.

M. B. de V. C.—Agradecido, obligado y cumplido el encargo.

Sr. D. E. M.—No es bueno ello en sí, pero además peca de irreverente para la Santa Madre Iglesia.

Sr. D. J. R.—Empieza usted así:

«No hay cosa peor en el mundo
que sucumbir de un estrago
si es sentimiento profundo
ser víctima de un naufragio.»

Y sería peligroso continuar por ese camino.

Sr. D. M. S. G.—Ande usted con cuidado en las *Quisicosas*, porque á lo mejor no le salen como es debido los pies quebrados. Por razones particulares de empresa juzgo inútil la recomendación que usted me pide, y que de otro modo le daría con mucho gusto.

Mysef.—Á verso si suena, pero el asunto es de lo más vulgar que han visto ojos cristianos.

Ded-i-pir-al-Rula.—¡Por favor! ¿Cómo quiere usted que encajen aquí unos sonetos descriptivos de enfermedades? Si acaso, en un periódico profesional con toques poéticos...

R. R.—Usted mismo comprenderá que esos son muchos versos para lo poco que dicen.

Sirio.—No, señor; no están bien medidos tampoco. Porque

«el otro día en el Congreso»

«que se le mandó fusilar»

«lo del Código militar»

«para poder así comprobar»

y otros cuantos tienen una sílaba de más cada uno. Váyase por algunos que las tienen de menos.

Cantueso.—Si publicara ¡oh Dios! esas quintillas,
como usted da por hecho,
ya no podría hallar empanadillas
que me hicieran provecho.

¿Serán buenos?—Eso pregunto yo. Porque también tengo la duda,

Sr. D. J. C. R.—No puedo aprovechar ninguno.

Mohamed-ben-Abdallah.—La idea no es mala. Pero ya la desarrolló de otra manera Constantino Gil hace muchos años. De otra manera mejor, por supuesto.

Sr. D. E. C.—Hombre, por Dios, no vale la pena de hacer la aclaración, porque... demasiado castigado queda el malandrín que puso las manos en tus coplas.

P. Petrilla.—Sí, versifica usted con relativa soltura. Si el asunto fuera un poquito más nuevo...

Sr. D. D. M.—Villagarcía.—Recibida y cumplidos los encargos.

S. P. K.—Sí, p. k. de difuso... por lo menos.

Un incipiente.—Sería conveniente que no trataran ustedes de imitar á Silva, porque tiene sus riesgos.

Tusman.—¿Otra vez el idilio amoroso que acaba con un puntapié del padre de ella? ¡Qué gracia tenía eso el día que enterraron á Zafra!

Místico.—Me río yo del misticismo, compadre. ¡Usted hubiera sido un colaborador excelente para el *Gomorra cómico*!

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

MIGAJAS

POR J. LÓPEZ SILVA

Precio, 2 pesetas.

TITIRIMUNDI

POR LUIS TABOADA, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3,50 pesetas.

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas

LOS BARRIOS BAJOS

POR J. LOPEZ SILVA

SEGUNDA EDICIÓN

Precio, 3,50 pesetas.

COSQUILLAS

POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Precio, 3 pesetas.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 834.